

Más allá de las apariencias

Por Jaime Medina

En la actualidad, las relaciones entre las personas no solo se construyen a partir de los sentimientos, los valores o las capacidades individuales, sino que también se ven influenciadas por factores como el estatus social y las apariencias. A pesar de los avances en la promoción de la igualdad y la lucha contra la discriminación, en muchas sociedades aún persisten prejuicios que condicionan la forma en que las personas son percibidas y tratadas. En el Perú, estas diferencias se evidencian tanto en el ámbito social como en el laboral, donde la posición económica, la imagen personal o el origen pueden influir en las oportunidades y en las relaciones interpersonales. Frente a esta realidad, surge la siguiente interrogante: ¿El estatus social y las apariencias mantienen su importancia en las relaciones actuales? Considero que sí, pues continúan influyendo en la forma en que las personas se relacionan y en las oportunidades que reciben, tanto en la vida social como en el ámbito laboral. Esta postura será sustentada mediante el análisis de *Un viaje*, de Felipe Pardo y Aliaga, y *Ña Catita*, de Manuel Ascencio Segura.

En primer lugar, el estatus social y las apariencias continúan teniendo una gran influencia en las relaciones sociales del Perú, debido a que aún persisten actitudes clasistas y discriminatorias. Con frecuencia, las personas son juzgadas por su nivel económico, la forma en que visten, el distrito donde viven, el color de piel o la institución educativa de la que provienen. Estos prejuicios generan un trato desigual y dificultan la integración entre distintos grupos sociales. Además, las redes sociales han reforzado la importancia de la imagen personal, haciendo que muchas personas sean valoradas por lo que aparentan tener antes que por sus valores o capacidades. Como consecuencia, el estatus social continúa siendo un factor que condiciona la manera en que las personas establecen sus relaciones.

Esta realidad puede observarse en *Un viaje*, de Felipe Pardo y Aliaga. A través del personaje del Niño Goyito y de la narración satírica, el autor critica las costumbres de la sociedad peruana del siglo XIX, mostrando cómo muchas personas daban demasiada importancia a la posición social y a las apariencias. Como señala el narrador, el personaje se resiste a abandonar sus costumbres y prefiere mantenerse dentro de lo que considera correcto para su condición social. En palabras del narrador, el Niño Goyito era un hombre «enemigo de las novedades», lo que refleja una sociedad aferrada a prejuicios y privilegios. Aunque la obra fue escrita hace muchos años, esta situación continúa observándose en la actualidad, pues todavía existen personas que juzgan a otras por su apariencia, nivel económico o procedencia. De este modo, *Un viaje* demuestra que el estatus social y las apariencias siguen influyendo en la forma en que las personas son percibidas y tratadas dentro de la sociedad peruana.

En segundo lugar, el estatus social y las apariencias también influyen en el ámbito laboral, ya que pueden determinar las oportunidades de acceder a un empleo y de crecer profesionalmente. En muchos procesos de selección no solo se consideran las capacidades y la experiencia del postulante, sino también su imagen personal, la forma de vestir, la manera de expresarse e incluso la institución educativa de la que proviene. Asimismo, las personas con mayores recursos económicos suelen tener acceso a una mejor educación, cursos especializados, idiomas y redes de contacto, lo que les brinda mayores posibilidades de obtener un empleo de calidad. Como resultado, estas diferencias pueden generar desigualdad de oportunidades, aun cuando dos personas posean habilidades similares.

Esta situación también se aprecia en *Ña Catita*, de Manuel Ascencio Segura. En la obra, Doña Rufina desea que su hija Juliana contraiga matrimonio con Don Alejo porque cree que posee una buena posición económica y social. Durante el desarrollo de la historia, queda en evidencia que la preocupación por el prestigio y las apariencias conduce a decisiones equivocadas. Como expresa Doña Rufina, «lo principal es un buen partido», dejando ver que para ella el estatus social tiene más importancia que los sentimientos o las cualidades personales. Esta crítica continúa siendo actual, ya que en muchos casos las personas siguen siendo evaluadas por la imagen que proyectan o por su condición económica antes que por sus capacidades. En mi opinión, esta realidad demuestra que todavía queda mucho por hacer para que el mérito sea el principal criterio al valorar a una persona. Por ello, *Ña Catita* demuestra que las apariencias y el estatus social continúan influyendo en las oportunidades que reciben las personas, especialmente en el ámbito laboral.

Ante esta realidad, el valor agustino recoleto de la comunidad se relaciona directamente con el tema, ya que nos invita a reconocer y valorar a cada persona más allá de su condición económica, apariencia u origen. Vivir en comunidad significa construir relaciones basadas en el respeto, la igualdad y la preocupación por los demás, dejando de lado los prejuicios que pueden generar discriminación o desigualdad. Por ello, frente a una sociedad donde el estatus y las apariencias todavía tienen influencia, este valor nos recuerda que lo verdaderamente importante debe ser la dignidad, las capacidades y los valores de cada persona. De esta manera, podemos contribuir a formar una sociedad más unida, justa y respetuosa.

En conclusión, el estatus social y las apariencias continúan teniendo una influencia importante en las relaciones actuales, ya que condicionan la forma en que las personas son valoradas tanto en el ámbito social como en el laboral. Como se evidenció en *Un viaje*, el clasismo y la discriminación siguen presentes en la sociedad y afectan la manera en que las personas se relacionan entre sí. Asimismo, *Ña Catita* demuestra que dar demasiada importancia a la imagen y al prestigio social puede influir en las oportunidades y en las decisiones que se toman. Considero que es responsabilidad de todos construir una sociedad más justa, donde las personas sean valoradas por sus capacidades, esfuerzo y valores, y no por su condición económica o las apariencias. Solo así podremos fortalecer relaciones basadas en el respeto, la igualdad y el mérito.